Día 9 de Enero: Mc 6, 45-52

Ayer en el evangelio se narraba la escena de la multiplicación de panes y peces. Jesús, llevado por su misericordia alimenta milagrosamente a toda aquella gente que le seguía. Pero, como deben marcharse a casa, Jesús les despide, aunque también despide a sus apóstoles para que regresen en la barca a la otra orilla, ya que él quiere quedarse allí para orar con su Padre Dios.

Estas dos despedidas parece que no tienen el mismo significado. El despedir a la gente es un signo de cortesía, al mismo tiempo que zanjar el problema que se le venía, ya que la gente, entusiasmada por haber comido en abundancia, quiere proclamarle como rey. La despedida a los apóstoles tiene en parte el mismo móvil, ya que ellos serían los primeros y los más interesados en que se proclamara rey a Jesús. Les costó mucho ir quitando la idea que tenían de un mesías triunfalista en lo material.

Otra de las razones era el poderse quedar bastante tiempo solo para orar. Es algo que le salía espontáneamente: la plegaria o alabanza a su Padre celestial, y varias veces exponen los evangelista las muchas horas que pasaba Jesús en oración. Esta es una gran enseñanza. Por mucho que creamos necesario el trabajar y hacer obras de caridad, es más necesaria la unión con Dios, que no es real si no hay muchos ratos de total unión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por medio de la oración.

También Jesús tenía otras razones de enseñanza hacia sus discípulos. Por eso quiso darles una lección viva, a modo de parábola viviente. Cuando estaban en medio del lago vino una gran tormenta y temían por su suerte, porque el viento era contrario hacia donde iban. Entonces fue Jesús hacia ellos caminando sobre el agua, pero en actitud de pasar de largo. Ellos tuvieron un gran miedo, creyendo que era un fantasma, y hasta se pusieron a gritar. En ese momento Jesús les habla con misericordia: “Animo, soy yo, no temáis”. Subió a la barca y el viento se calmó.

Además de ser la consecuencia del poder y la bondad de Jesús, es una especie de parábola para enseñar que Jesús es el Hijo de Dios, como los apóstoles proclamaron según narran otros evangelistas, y que sus intereses no son los terrenos o materiales, sino algo mucho más trascendental. La parábola viviente está en que los apóstoles, que buscaban un reino terrenal, estarían llenos de tormentas en su corazón porque, pudiéndolo tener ya, Jesús rechaza ese reino material. Además estarían confusos sobre qué hacer sin la presencia de Jesús. Parecería como que todo se les viene abajo. Viene Jesús y la calma viene a sus espíritus y reviven los buenos ideales.

En nuestra vida habrá también muchos momentos de angustias y miedos. Puede ser por lo material o por algo más interno. A veces queremos luchar o remar contra el viento sin que tengamos fuerzas para ir hacia delante. Y sin embargo Dios está con nosotros. Hay veces que él mismo hace como que se esconde o está lejos, pero nunca nos abandona. Los santos, para conocer a Dios más profundamente, han pasado por grandes purificaciones. Lo importante es que no falte la fe y la confianza en Dios, que siempre nos quiere y nunca nos abandona. Debemos aprender a fiarnos totalmente de Dios, nuestro Señor y Padre, que puede controlar todo peligro y es el Salvador.

En el Antiguo Testamento en varias ocasiones se expone el mar como el lugar de la maldad. Los cristianos primitivos verían aquí un símbolo de que Jesús no se hunde en la maldad, sino que la domina y calma la tempestad. “Dios es amor” nos ha dicho hoy san Juan en la 1ª lectura. Y donde hay amor, va alejándose el temor. En esta vida imperfecta hay muchas dificultades y muchos se dejan llevar del temor. Jesús hoy nos dice a nosotros: “No temáis”. Y la verdad es que, cuando uno vive más entregado a la gracia, a las cosas de Dios y buscando la armonía con los demás, viene una mayor paz a los corazones. Hay ocasiones que hasta en los actos de iglesia parece que estamos entre fantasmas. Clamemos a Dios, que El siempre está a nuestro lado.